

El piso que se encuentra al nivel de la calle está ocupado por las tiendas y oficinas, y el instituto hállase propiamente en el tercer piso, el cual contiene una sala con exhibiciones de 125 pies de largo por 82 de ancho.

El cuarto piso se halla dividido en una serie de galerías con sus alcobas, destinadas á obras de arte, y la biblioteca con sus respectivos salones de lectura ocupa el quinto piso.

Esta biblioteca ha producido un bien inmenso á todas las clases, porque siendo pública, continuamente se dirijen á ella multitud de personas en busca de instruccion y de recreo.

Nosotras tuvimos el gusto de visitar este edificio y salimos de él con muy buenas impresiones.

Nos dirigimos en seguida á Bible House, á esa obra colosal, la mayor en su género del mundo entero, pues cubre tres acrés de terreno, ocupando toda la mansana que forma las calles 8 y 9 y las avenidas 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Su forma es algo triangular: tiene una fachada de 198 pies sobre la 4.<sup>a</sup> avenida, otra de 96 sobre la 3.<sup>a</sup> avenida, 202 sobre la calle 8, y 232 en la calle 9, está construido de ladrillo rojo con paramentos de piedra: costó \$ 300,000: gran parte del interior está dividido en tiendas, oficinas y almacenes; todo el

resto lo dedica la sociedad á varios departamentos para la publicacion de biblias libros con los que han procurado propagar y dar ensanche al protestantismo. Están impresas en 24 idiomas y dialectos, y se han repartido gratis centenares de miles que ¡ojalá jamás hubiesen salido de la prensa ni infestado el mundo!

Quando los trabajos están en plena operacion ocúpanse en ellos 625 personas, y han producido tambien muchos millones de pesos de utilidades.

Los varios departamentos destinados á composicion, impresion, y encuadernacion son dignos de visitarse, multitud de extranjeros continuamente se encuentran allí admirando los adelantos de la maquinaria y la suma agilidad de los trabajadores.

Nunca habiamos visitado una imprenta, ni teniamos idea de una cosa tan grándiosa como ésta, y aquel movimiento, aquella animacion nos agradaba en extremo.

¡Cuán bello es el adelanto! el nos proporciona goces positivos, con qué gusto examinábamos con la más escrupulosa atencion todas las operaciones indispensables para la impresion, ya nos deteniamos contemplando en las primeras oficinas la parada de las letras, luego seguiamos en otra, la forma de los pliegos, y en una tercera la tirada ó

impresion, etc., etc.: todo lo observábamos con ese espíritu de novedad y curiosidad con que lo contempla todo el viajero; aquel movimiento y maquinaria llamaban vivamente nuestra atención.

Suspenderemos ahora por algunos instantes la descripción de nuestras escursiones, conduciendo á nuestros lectores al Metropolitan para encontrar allí á Marta, de quien hace algun tiempo no nos hemos ocupado.

Conséquentes á la promesa que le habíamos hecho, al siguiente dia muy de mañana salimos de Clarendon, y como á las diez nos hallábamos al lado de nuestra amiga.

¿Venís para acompañarme? preguntó Marta saliendo á nuestro encuentro, é imprimiendo en nuestra frente un beso.

—Sí querida amiga, respondimos; venimos dispuestas á buscar con vos, al buen anciano que de hoy más os servirá de padre.

¡Cuán buenas sois, murmuró Marta, y cuán inmensa es mi gratitud! Dimos otro giro á la conservacion, y pocos momentos despues saliamos del hotel, internándonos en las concurridas calles de Nueva-York.

Anduvimos mas de una hora, sin que pudiésemos encontrar la calle que deseábamos, apesar de las repetidas preguntas que hacíamos á los

transeuntes, Marta caminaba silenciosa á nuestro lado, y parecia preocupada por una idea lúgubre y sombría.

Nosotras comprendiamos su natural emocion en aquellos momentos, y respectábamos su doloroso silencio, Julia iba asida á nuestra mano, pero, cansada sin duda por lo largo de la caminata, comenzó á llorar marcando su disgusto.

Marta la tomó entonces en sus brazos, y con un acento dulce volviéndose á nosotras nos dijo tristemente:

—Veo que es inútil nuestro empeño, y ya voy á renunciar á la esperanza de encontrarle!

Nosotras comenzábamos tambien á desmayar, pero viendo el abatimiento de nuestras querida amiga le dijimos.

—Mas, ¿qué hareis aquí sola Marta? Nó, vos necesitáis de su apoyo; la jóven madre inclinó la cabeza y enjugándose una lágrima añadió.

—Parece que el cielo me abandona! Hé sido muy culpable, hágase su voluntad!

Angustiado nuestro espíritu ante tanto dolor, buscávamos algun medio de aliviarlo, cuando repentinamente cruzó por nuestra imaginacion una idea; llamamos un carruaje, é introduciéndonos en él con Marta, dimos las señas al cochero, y

este comenzó á alejarse con rapidez del sitio en que nos encontrábamos.

La esperanza reanimó al semblante de la jóven y Julia, cesando de llorar, comenzó á hacernos reir con sus graciosas ocurrencias.

Caminamos aun más de media hora, y al fin el carruaje se detuvo ante una casa de modesta apariencia, bajamos y dando orden al cochero de que nos esperase nos introdujimos al vestíbulo.

Casi todas las casas de Nueva York están precididas de una pequeña escalinata, que conduce á la puerta, allí en el boton de la campana ó timbre eléctrico, se halla escrito el nombre de la persona que la habita; la numeracion está sobre la puerta, en una acera se hallan todos los números pares y en otra los nones.

Al ver, pues, el número de la casa ante la cual el carruaje se habia detenido, subimos los escalones, y fijamos con atencion la vista en el boton de la puerta: un grito de placer se escapó de nuestro pecho, pues era justamente en la casa de Mister N. . . . en la que nos hallábamos: ¡al fin habiamos encontrado lo que tanto deseábamos!

Marta llena de contento estrechaba nuestra mano; en aquel mismo instante oprimimos el timbre, y la vibracion de la campana llegó hasta no-

sotras, poco despues la puerta se habria dándonos entrada.

Penetramos conducidas por un lacayo hasta un gabinete amueblado con desencia, pero sin lujo y ostentacion; allí quedamos solas esperando el momento en que iba aparecer el buen anciano, cuya vista tanto debia conmovér á Marta.

Esta se hallaba agitada. . . . en su rostro se pintaban las emociones de su corazon, su respiracion era trabajosa, y sus miembros se estremecian por intervalos.

Nosotras la contemplábamos con inquietud, y tomandola una mano trémula y fria.

Cálmese vd. Marta, le dijimos, ¿porqué esa agitacion y ese temor?

El vió morir á mi padre! nos dijo; él recibió sus últimas disposiciones, y tiemblo de escucharlas!

Hablaba aun Marta, cuando la puerta se abrió y una anciana venerable, en cuya fisonomía se revelaba la bondad de su alma, se llegó hasta nosotras saludándonos cortesmente.

Marta entónces le preguntó por mister N. . . .

Mi esposo se halla fuera de la ciudad replicó la buena anciana: negocios urgentes lo llamaban á Washington, que es donde hoy se encuentra. ¿Y será larga su ausencia? Preguntó Marta.

Lo ignoro hija mia, pero si os interesa el verle, os enviaré llamar apénas venga ¿dónde recidís?

—En el Metropolitan.

—¿Cómo os llamais?

—Marta.

—¡Marta! ¡Ah! Ese nombre me recuerda una triste historia!

Al hablar así la buena anciana secó una lágrima que rodaba por su mejilla.

Marta no se atrevió á interrogarla, y despues de permanecer algunos instantes más al lado de aquella buena anciana nos separamos de ella, saliendo de la casa con el corazon henchido de esperanza!.....

Marta no quedaria ya sola, y cuando nos separásemos, la dejaríamos al lado de personas virtuosas, que harian con ella las veces de padres. Sí, ellos la amarian, le servirian de apoyo, de consuelo, y este pensamiento nos causaba una secreta alegría.

Tambien Marta por su parte parecia mas tranquila, y un rayo de esperanza brillaba en aquella mirada, que poco antes el dolor tenia tan abatida, en ese rostro donde el infortunio habia marcado la huella de su paso!

Entregadas á nuestras reflexiones subimos al

carruaje, y media hora despues nos hallábamos en el Metropolitan.

Allí despedimos al cochero, y pronto sentadas al lado de Marta, en derredor de la chimenea, que ardia en su cuarto, escuchábamos atentas á nuestra tierna amiga que continuaba así el hilo de su historia.

Tratar de pintar á vdes. los momentos de angustia, las horas de amargura, los horribles tormentos que destrozaron mi corazon, desde el instante en que fuí madre, es una tarea superior á mis fuerzas; pero sí quiero recordarles, y esto basta, las palabras que yo habia sorprendido en los labios de mi indigno esposo, para que se hagan cargo de lo horrible de mi situacion.

El mismo peligro, en que yo veia la vida de mi hija, me hacia amarla con mas fuerza, porque nunca nos es mas caro un ser amado como cuando estamos en peligro de perderla.

Aáturo sin embargo, mostraba por Julia un cariño particular; continuamente le traia algun obsequio, que no podia menos de complacer á la tierna niña.

Quizo que no la criase yo, porque en esa época comenzó mi salud á desmejorar horribilmente, y cada dia me ponía mas débil y mas delgada, pero yo no pude condescender con esta pretencion

de mi esposo; me habria sido en extremo doloroso no criar á mi hija, y aunque hubiese sabido con certeza que la lactancia me dañaba, habria preferido morir siendo verdadera madre, que no entregar mi hija á una mujer extraña. Por otra parte la niñita crecia robusta y hermosa, y con ella mi amor iba en aumento. ¡Oh! fué esta criatura desde entonces todo mi consuelo!

En mis horas de profundos sufrimientos, en mis tormentos y momentos de amargos temores, la estrechaba contra mi corazon, y mi valor se reanimaba y mi espíritu cobraba nuevas fuerzas! Sin embargo, por mas esfuerzos que hice, no me fué posible alejar de mí una profunda melancolía; á todas horas mis ojos cubrianse de lágrimas, y luego.....lloraba inmensamente!

Arturo pronto observó mi cambio de caracter, y al principio se alarmó, reconviniéndome á menudo: yo le manifestaba que estaba contenta; que era feliz; que solo en algunos cortos momentos cambiaba mi buen humor; y luego, le rogaba que no se disgustase, que trataria yo de que concluyesen pronto estos raros instantes de amargura; además, le manifestaba que cuando lloraba, era porque la imagen de mis padres se presentaba á mi imaginacion, y que á su recuerdo me era imposible permanecer indiferente. Arturo no me

contestaba entonces con el mismo respecto, con que otras veces me habia hablado de ellos; de esos seres tan queridos para mi corazon, y el primer disgusto que tuve con él, fué producido por su desprendimiento é indiferencia, al hablar de mis buenos é inolvidables padres.

Yo le reconvine, él me contestó mal. Se cruzaron algunas espreciones amargas y ofencivas, y concluyó por insultarme; entonces no pude contenerme, y no teniendo mas ser querido en el mundo que mi hija, para derramar sobre ella mis lagrimas, la tomé en mis brazos, y las derramé profusamente, pronunciando palabras de sentida queja contra mi suerte! Arturo me escuchó ya con indiferencia, y no me consoló como otras veces: esto me causó una imprecion horrible; creció en mí el temor, y todos los dias me parecia que veía brillar á mi lado una arma sangrienta y homicida.

Padecí tanto en esta época, que al fin una aguda enfermedad me postró en el lecho, y fué hasta entonces que mi esposo tornó á hablarme, pero pronto volvió tambien á su natural indiferencia y abandono.

Se pasaba el dia fuera de su casa, en las noches muchas veces tampoco venia, ó por lo co-

mun regresaba ya muy entrada la noche; su humor comenzó á volverse mas insoportable.

Un dia en que mi espíritu se encontraba en uno de esos arranques de terrible lucha, vi penetrar á la sala tres hombres embueltos en largas capas, que vinieron preguntando por Arturo; escribieron algunas líneas en una tarjeta, la metieron en un sobre, pusieron en él unos signos, y lo entregaron al criado para que lo pusiese en manos de Arturo luego que llegase.

Apenas los vi desaparecer, llamé al sirviente, le pedí el sobre que para Arturo habian dejado, y le dí orden de que se retirase, como en efecto lo hizo prontamente.

Cuando tenia en mis manos ese sobre, no sé por qué un presentimiento de algo fatal hirió mi mente; es verdad que tenia razon de temer, porque aquella esquela, escrita bajo el dictámen de tres individuos, indicaba algun plan, y todo hecho así convinado, encierra cierto misterio, que á mi juicio no debia ser muy sencillo; además, en el sobre en vez de hallarse como era natural la direccion de mi esposo, encontrábanse como he demostrado escritos signos raros, que no podian menos que llamar vivamente la atencion.

No habia duda, aquello contenia un misterio, y eso era lo que mucho me preocupaba, no sabia

que pensar: mis deseos en esos momentos eran audaces; queria ver lo que bajo de aquel sobre se contenia, pero rasgarlo era un positivo atrevimiento. Sin embargo, como mi vida peligraba, como tambien la existencia de mi hija estaba en un verdadero peligro, vacilaba yo, no sabia que partido tomar: estaba segura de que Arturo meditaba un plan de perdersos..... le habia oido decir, «que en último caso se valdria de aquel recurso que tenia tan bien combinado» ¿no podria ser este? Hé aquí mi fundado temor, y como desde que escuché á mi esposo las palabras que revelé á vdes. no volví á tener calma, en todo veia una doble intencion, lo cual como fácilmente comprenderán era muy natural.

Al ver, pues, tres hombres embozados, al considerar lo que esos signos querrian manifestar, al haberlos visto poner unas líneas en una tarjeta, me afirmé en el pensamiento de que aquellos momentos eran los de nuestra ruina, y desde aquel instante no fuí ya dueña de mí misma!...

Suceda lo que sucediere exclamé, es preciso que vea yo el contenido de esta tarjeta, y.... lo veré. Así hablando, tomé con resolucion el sobre, lo rasgué,—y saqué la tarjeta que leí con suma agitacion, estaba escrita con tinta roja, y decia estas palabras.

Arturo: Esta noche á las doce en punto estaremos en tu casa para arreglar tu asunto, esperamos en el zahuan.

Repetidas veces volví á léer estas palabras, y por último con un temblor involuntario permanecí de pié, preocupada por una idea funesta, esta era la siguiente.

En la conferencia que Arturo iba á tener con los tres embozados, se trataria indudablemente de nuestra suerte,—lo que era por aquella noche nada debia yo temer, por el contrario, era preciso que yo asistiese ocultamente á esa entrevista para saberlo todo, y ser dueña de tomar una resolucion difinitiva; de consiguiente á mí mas que á nadie interesaba que aquella conferencia tuviera lugar, y me encontraba en la mas difícil situacion. Si entregaba yo á mi esposo aquel sobre roto y el papel que encerraba, al momento comprenderia mis temores, y se guardaria bien de tener en su casa ninguna conversacion, aunque no fuera mas que como una pequeña precaucion. Si no se lo daba yo, nada sabia, y quizas esa noche, como con frecuencia sucedia, la pasaria fuera de casa, y entonces todo se habia frustrado.

Figúrense vdes. como me encontraria en instantes tan críticos. ¡Ay! no sabia que resol

ver, y mi angustia crecia sin otro desahogo mas que el llanto. Sí, me puse á llorar amargamente.—Los soyosos me ahogaban pensando en mi vida pasada, tan tranquila en el hogar de mis padres, donde era yo el encanto y la delicia!... y al fijarme en mi existencia actual, tan triste y llena de tormentos, lloré largo rato.....

Julia dormia, cuando despertó, la tomé en mis brazos; sequé mi llanto, y me puse á meditar sobre el modo de poner en manos de Arturo esa tarjeta, sin que nada sospechase: en mis sérias reflexiones me ocurrió que de tres maneras me seria fácil salir de la difícil situacion en que nos encontraba, y eran estas: 1.ª La de tratar de imitar las figuras que tenia el sobre que por cierto eran bien complicadas. 2.ª La de entregar la tarjeta metida en un sobre en blanco. 3.ª La de presentarle esta tarjeta un pobre sirviente muy tonto á quien yo pagaria, para que hiciera un papel que tan solo le acarrearía un fuerte regaño, presentando á mi esposo el sobre roto, y diciéndole que lo perdonara, pues habia tenido curiosidad de saber que cosa venia dentro, y por eso lo habia abierto.

Estos eran los únicos medios que por lo pronto se me presentaban, y entre los cuales tenia que escoger, porque no podia consentir, en que esa



conferencia tan interesante fuera á frustrarse por cualquier incidente.

No sabia aun en cual de los tres medios fijarme; el primero me parecia el mejor, pero el más difícil.

El segundo muchísimo tenia que, en los signos que le iban á faltar, fuera mi esposo á no encontrar lo mas interesante, sospechando tal vez algo.

Y el tercero, aunque era tambien el más facil, temia ser traicionada por la persona que lo desempeñase, y que Arturo no quedara muy satisfecho; de manera que mi situacion era muy crítica.

Así trascurrieron las horas para mí en amarga duda; mi esposo no podia tardar, y era preciso aprovechar el tiempo: formada ya esta resolucion coloqué á Julia en su cuna, y tomando el sobre en mis manos me dirigí á mi escritorio; cojí un papel y traté de imitar los signos de la cubierta, pero inútilmente; desalentada y abatida, al ver el ningun éxito que tenian mis esfuerzos, dejé caer la pluma de mi mano, y postrándome ante una imágen de María.

¡Oh! tú que eres mi madre, y que jamás abandonas al que te imbocaj..... exclamé llena de

fervor, fija hoy tus ojos en mí. ¡Oh! madre mia! y remedia la necesidad que me agovia!.....

Despues de esta ferviente plegaria, nacida del fondo del alma, quedé sumerjida en la meditacion más profunda!.....

Una idea feliz envió Dios á mi mente; al recibirla me levanté presurosa, y tomando la pluma de nuevo en mis manos, me puse á calcar los signos, que en vano habia tratado de imitar; en breve los ví trasportados á otro sobre, é introduciendo en él la tarjeta, llamé á un criado mandándole la entregase á mi esposo, segun le habian indicado las personas que habian venido antes á buscarlo.

Concluia apenas de dar la órden al criado, cuando el ruido de un carruaje, que entraba en aquel momento, me advirtió de la llegada de Arturo, un temblor involuntario se apoderó de mí, pero haciendo un esfuerzo supremo, qnemé los papeles que podian traicionarme, y fuí á sentarme, al parecer muy tranquila, al lado de la cuna do reposaba mi tierna hija.

Poco despues escuché las pisadas de Arturo que subia, y luego... todo quedó en el mayor silencio: entónces comencé á meditar en la manera con que podria, sin ser vista, oir la conferencia que iba á tener lugar entre él y los tres desco-



nocidos: engolfada me hallaba yo en mis propias reflexiones, cuando la puerta de mi pieza se abrió dando entrada á mi esposo; su semblante estaba demudado como el rostro del criminal que se desfigura ante su víctima!..... Habia en él cierto sobresalto, cierta inquietud, que no podia dicit mular.

Al entrar en la pieza, fijó en mí sus ojos con una esprecion investigadora, como queriendo léer mis pensamientos, y con un acento brusco y áspero me dijo: ¿en qué piensas? ¿por qué siempre te encuentro sumerjida en la meditacion?

Yo levanté sorprendida la cabeza al acento de mi esposo, y fijando con ternura mis ojos en la cuna en que reposaba Julia, me apresuré á responderle; pensaba en ella Arturo, en el porvenir de nuestra hija, mirala cuan bella está! al verte sonrre ya, y sus balvucientes labios comienzan á pronunciar el nombre de su padre: en aquel momento la niña despertó, y tendiéndome sus bracitos, la tomé yo en los mios con ternura, mirala Arturo, continué ¿no es cierto que es muy bella? ¿verdad que la amas mucho?

Arturo se puso pálido, un temblor involuntario agitó sus miembros, y apartando sus ojos de Julia que le sonrreia, los fijó en mí diciéndome:

Marta, ¿por qué me haces esta pregunta?.....

Al hablar así su voz era incierta y su agitacion crecia, desconsertada por el acento de mi esposo, me apresuré á decirle.

Te lo preguntaba, porque no noto en tí la tierna solicitud del amor para con nuestra hija; pero perdóna Arturo! soy una necia! ¿cómo podria un padre dejar de amar á su hija?

¡Oh! ¿no fuiste tú acaso quien le ha dado el ser? ¿no es tu misma sangre la que corre por sus venas?..... Sí, hija mia! añadí volviéndome á la niña: nada temas, siempre contarás con el apoyo y el amor de tu padre.

Mis palabras sin duda le hacian daño á Arturo, pues levantándose bruscamente me pidió permiso para retirarse, y salió diciéndo en voz baja:

Nó, ella no morirá! ¿puede un padre ser el asesino de su propia hija?.....

Al verle yo desaparecer caí de rodillas exclamando:

¡Gracias! Dios mio! ¡mueve el corazon de Arturo!.... despues elevando en mis brazos á Julia añadí, si algun peligro la amenazara, dame fuerza ¡oh Señor! para salvarla!...

En seguida me levanté, y tranquila esperé la llegada de la noche.

Eran las ocho cuando cenamos Arturo y yo, y no pude menos que notar, que mi esposo me veia